

dijes y juguetes que se han de presentar al Niño, ofrezco lágrimas de mis ojos, suspiros del corazón, actos fervorosos de amor; y juntamente con esto toda mi alma, todo mi corazón, sin reservar nada para mí, porque así conviene que yo no posea nada y que todo se lo ofrezca.»

Es cosa notoria que de esta oficina sacó Rosa muchas veces vestidos á Cristo, los que á veces repartía entre personas devotas muy amigas suyas, para que los ofreciesen, vistiesen y ajustasen á Jesús desnudo, que era todo su amor. ¿Mas qué dejó de hacer Rosa para que este Señor fuese amado y honrado de todas las criaturas? Agradó tanto este fervor á Dios, que quiso honrar con un milagro célebre la solicitud que ponía en propagar su amor. Por ser tan singular el caso, trataremos de él en el capítulo siguiente.



CAPÍTULO XX

Para persuadir Rosa á todos con más eficacia el amor de Dios, alcanzó que sudase manifiestamente una imagen de Jesucristo.

EN EL oratorio del contador D. Gonzalo, entre muchas sagradas imágenes que allí había, la más celebrada por hermosa y venerable, era una que representaba en un lienzo el rostro de Cristo en edad varonil, con bellos colores y perfiles delicados. La tenía Rosa mucha devoción, tanto que apenas se corría la cortina que la ocultaba, ponía en ella los ojos, mirándola con tanta ternura y ansias, que parece que quería robarla é introducirla en el corazón á fuerza de contemplación fervorosa. Y no era mucho, pues todo el tiempo que se detenía en mirarla, sentía en el pecho ardores de amor divino.

El año de 1617, á 15 de Abril, por la tarde, cerca de las Ave Marías, estaban en oración dentro del oratorio, como tenían de costumbre, Rosa y la mujer del contador con sus hijas. Se había corrido la cortina que ocultaba la efigie venerable, ardían dos luces, puestas en el altar, para mayor culto y veneración, y otra tercera

estaba en una pequeña mesa, aparte, y algo lejos de la sagrada imagen. Comenzó la virgen en esta ocasión á sentir, más que otras veces, vivos y vehementes estímulos de amor. No pudo contener los gritos, y levantándose en pie, con voz alta y fervorosa, no advirtiéndole que no estaba sola, comenzó á hablar á la imagen, y desahogando su afecto, dijo en suma estas palabras: «Oh Señor mío, y ¿cuándo te amarán todos como mereces? ¿Hasta cuándo has de sufrir que te pierdan el respeto y te irriten los pecadores? Oh quién pudiera hacer que todos conociesen cuán digno eres de ser amado y que acabasen de entender que mereces ser querido por quien tú eres y no por el temor servil de las penas ó por interés de los premios! Ea Señor, haced, haced que os amen como es razón, sacad la aljaba, librad por todas partes saetas encendidas de vuestro amor purísimo, broten en todas partes en los corazones las llamas y los incendios. A vos, Señor, á vos sirvan todos, ríndanse los corazones á las violencias suaves de la caridad, destilen en obsequio vuestro fragantes bálsamos de piadosos afectos. A vos, amabilísimo Jesús, á vos se ofrezcan estos olores, á vos, que tan abrasado estais y tan inquieto os tiene el amor inmenso de los hombres.» Oyendo estas voces, que fuera de sí pronunciaba Rosa, la mujer del contador se salió con sus hijas del oratorio, por no interrumpir ni impedir con su presencia estos ímpetus. Pero una de las hijas, con pretexto de limpiar el pábilo de las luces, entróse otra vez en el oratorio, sin que su madre se lo estorbase, y al punto asaltada por la admiración de lo que veía, comenzó á llamar á Rosa, diciendo: «¿Qué es lo que veo? ¿No advertís en el rostro de Cristo que está cubierto de sudor?» Oyó esto desde fuera su madre, entró luego en el oratorio, vió claramente que corrían por la cara de la imagen copiosas gotas de sudor á modo de granos de aljofar. Iban cayendo unas después de otras, y encontrándose se deshacían, y en hilos corrían por los cabellos y barba del divino retrato. Atónita es-

taba la piadosa mujer con el espectáculo admirable y nuevo. Y no atreviéndose á acercarse, mandó á llamar al contador su marido, que estaba á la sazón fuera, con ocasión de tratar ciertos negocios con el secretario Juan de Tineo, que acababa de llegar á Lima de vuelta del puerto del Callao. Vinieron los dos á casa ignorantes del suceso, y apenas pusieron los pies en el oratorio, donde muda por la admiración le esperaba su esposa con Juan de Benavides y Pedro Leandro, familiares de la casa, cuando vieron, no sin causarles mucha ternura y reverencia, que la sagrada imagen estaba por todas partes cubierta de menudas gotas de sudor, muy semejantes al rocío de la mañana, que llegaban ya hasta el marco de la pintura, y que por la frente, mejillas y ojos iban de nuevo brotando copiosos raudales.

A cualquiera se le alcanza lo inconveniente que resulta adelantar el juicio en hechos de esta naturaleza. Nada importa tanto en estas ocasiones como pesar con discreción los fundamentos que puede haber para dar á los que parecen prodigios y acontecimientos maravillosos la importancia que tienen. Como el jaspe se pulimenta con la piedra áspera, así también se logra que quede pulimentada y esclarecida la verdad con la circunspección y la duda que deben guardarse en presencia de sucesos de la naturaleza del que relatamos. Así aconteció en este caso, porque el contador D. Gonzalo lo primero que hizo fué mandar llamar á Angelino Medoro Romano, que había pintado la imagen, para que investigase solícito si el origen del sudor nacía acaso de la naturaleza del barniz y los colores. No tardó en venir el pintor, y admirado de la claridad de las gotas del sudor que corrían por el lienzo, quitó algunas con los dedos, y frotando uno con otro, los aplicó al olfato, y no sintiendo olor alguno de aceite, bien mirado todo, vino á decir que su parecer era que cuanto allí sucedía era sobrenatural y divino. La costumbre que tenía de examinar el color, olor y otras circunstancias de las

pinturas que empleaba para sus cuadros, le hacía apto para comprender que lo que allí sucedía era verdaderamente extraordinario. No contento con esto el contador, sacando aparte á Andrés López, hombre de toda confianza, le mandó que llegáñose al colegio de la Compañía de Jesús, que estaba muy cerca, llamase en particular al P. Diego Martínez y al P. Diego de Peñalosa, sin dar parte á uno ni á otro del motivo que había para llamarles á tales horas. Vino el P. Peñalosa, trayendo por compañero al hermano Francisco López, porque estaba ocupado el P. Martínez. Hacía tres horas que había anochecido cuando entraron ambos, y después de una oración breve, acercándose el Padre á la imagen, y viendo y mirando despacio y con atención el rostro de Cristo, que aún estaba sudando, pidió algodón y comenzó blandamente á limpiar el sudor de la sagrada pintura. Mientras más recogía, más sudor manaba. Volvió otra vez el P. Peñalosa á aplicar el algodón por la parte que estaba seco; volvieron otra vez á sucederse gotas á gotas de sudor. Valióse después de un papel, para cerciorarse de si aquel licor dejaba señal de grasa ó aceite del barniz mezclado con los colores; pero se secaba el papel en breve tiempo, sin dejar señal alguna. Con esto llegó á persuadirse el Padre que el sudor era acuoso, como el de una persona cuando está muy agitada. Cuatro horas continuas, y aun algo más, duró el piadoso portento, admirando á todos los que le veían que tan copioso sudor ni deslustrase la pintura ni los colores, quedando el rostro más vistoso y más bello. No se desvaneció el sudor de suerte que no quedase señal debajo de la barba de la sagrada imagen, el que se divisa claramente después de haber pasado tantos años.

Solo faltaba para autorizar el prodigio que le averiguase y aprobase el ordinario, para que fuese más notorio. Y así el Arzobispo de Lima D. Bartolomé Lobo Guerrero nombró por Juez al Doctor D. Juan de la Roca, Párroco y Arcediano metropolitano. Este tomó los

dichos á los que se habían hallado presentes ante Diego Blanca, Presbítero y Notario, y mandó que se formase el proceso, rubricándole y dando fe como ministro público. En este interin era grande el temor y los cuidados de D. Gonzalo, de su mujer y familia, recelando que aquel sudor portentoso de Cristo, que se había visto en su casa, no fuese sentida demostración contra algún delito oculto que el contador ó alguno de los suyos hubiese cometido; ó que fuese amenaza de la divina venganza, que indicase desgracia y malos sucesos. Aquietó estos vanos temores Rosa, como sabedora del misterio, y así con rostro alegre, con voz mansa y apacible les dijo: «Que no temiesen y que estuviesen seguros que no era aquel prodigio pronóstico infausto de desdichas ni desgracias, que solamente intentaba el Salvador de los hombres dar al mundo á conocer lo que desea que le amen y le sirvan; que esto y no más les decía aquel sudor que admiraban, indicio claro de que era abrasado volcán el pecho amante de Dios, todo fuego de finezas, que sacaba alambicadas tantas perlas de sudor á las sienes y á los ojos, á las mejillas y cara; y que en aquel teatro del altar del oratorio, Dios representó una loa, en que convidaba á todos á recíprocos amores; y no satisfecho con manifestarlo de un solo modo, abriendo todos los poros de la imagen, formaba lenguas de ellos, con que en voz alta decía, enamorado y rendido el Redentor de los hombres: Pagad con amor, ingratos, á quien siempre os está amando. Porque siendo tan sordos los hombres y tan tardos en darse por entendidos del amor que á Dios le deben, nunca alcanzará su rudeza y su desvío, que Cristo hacía de los poros lenguas para enamorar, si por todos ellos en una imagen de lienzo no le vieran con sudor.» Comparando D.^a María Usateguí el prodigio que acababa de realizarse con las palabras que poco antes había oído á Rosa, halló fácilmente la consonancia admirable de las palabras de la virgen con los sucesos presentes tan portentosos y divinos, Con no menor admiración con-

sesaban cuantos gozaron la dicha de ver con sus propios ojos el espectáculo raro del sudor de aquella imagen, que á la vista del portento habían sentido grandes impulsos de amor en lo interior de su alma, con agudos y nunca experimentados estímulos. Esto era lo que la virgen con ardientes ansias había pedido cuando miraba la imagen. Los que así aman, nunca se ven satisfechos, pidiendo continuamente á la Majestad divina nuevos grados de amor. «Crezcan, decía la virgen, crezcan, Señor, las llamas de la caridad con fuego de vuestro amor, y encienda el amor de los hombres.»

No paró en esto el milagro, sino que nuestro Señor, con nuevas maravillas, hijas del primer prodigio, dió más firmeza al sudor de la imagen y mayor crédito á la explicación de Rosa, sanándole también un brazo. Pocos días antes del suceso referido, que fué lunes de Pascua de Resurrección, dió Rosa una gran caída y se maltrató y descompuso un brazo. Los cirujanos juzgando por las señales del golpe, por la hinchazón y cardenales que había causado la gravedad del caso, temerosos del remedio, entendían que había de quedar algo manca; ó que á bien librar sería dudosa, prolija y molesta la cura. Decían que fuera menor el riesgo si se hubiera quebrado el brazo ó salido afuera el hueso. Rosa acostumbrada y deseosa de padecer, como valerosa y fuerte, oía la rigurosa sentencia con rostro sereno, como si no le tocara á ella ó fuera de otro aquel brazo. Hablando cierto día del prodigio referido con D.^a María Usateguí, sintió interiormente que la movían de improviso á tener firme esperanza de recobrar la salud, si le aplicaban al brazo el algodón que había recibido en sí el sudor de la pintura. Deteniase la virgen, temerosa de perder tan brevemente la ocasión de padecer dolores, que ella deseaba que durasen, por corresponder con esto al fino amor de su Esposo; aunque la mujer del contador solo con haber oído los impulsos de la virgen, cogiéndole de la boca la palabra, había traído el algodón, mandando que le soltasen las ven-

das con que tenía liado el brazo y que le aplicasen aquel eficaz remedio. Ella se excusaba con decir que no era razón empeñarse en nada sin comunicárselo al confesor; mas porque no pareciese que tenía en poco el remedio, ella misma con toda prisa fué á la iglesia de Santo Domingo para hacer esta consulta, y con aquella candidez que solía dijo al confesor el caso y esperó humilde su parecer. El respondió que no había que detenerse, que apresurase el paso, que aplicase el algodón y se valiese del favor divino. Obedeció puntual nuestra virgen. Serían próximamente las doce del día cuando después de haber vuelto á casa la virgen, doña María de Usateguí por sus propias manos desnudó el brazo dislocado, puso encima el algodón y atóle con vendas y ligaduras. Hecho esto, entróse Rosa en el oratorio, y saliendo de allí después de dos horas, mostró el brazo, que estaba del todo sano, jugándole sin dolor y sin quebranto. Fué extraño el gozo que recibió doña María, y comenzó á preguntar el modo con que sanó y el tiempo que se detuvo en recobrar la salud. No quiso Rosa negarse á tan piadosa pregunta, y en breves palabras dijo: «Apenas entrando en el oratorio me comuse y recogí para estar en oración delante de aquella imagen sagrada del rostro de Jesucristo, cuando sentí que me tiraban del brazo y se volvían al lugar connatural los nervios torcidos, que cesaba la hinchazón y se desataban los músculos. No quise salirme luego sin dar las debidas gracias al Médico celestial, y en esto me he detenido. Bien se puede ya quitar el algodón, las fajas y ligaduras, porque ya está bueno el brazo.» Tan repentino favor de la poderosa mano llenó de alegría y contento, de parabienes y gozo la casa del contador. Maravillábanse todos, y más los cirujanos, que el día antes tenían casi perdidas las esperanzas de salir de aquella cura con acierto y buen suceso; porque habiendo visto que estaba intratable el brazo y contumaz á todo remedio, en voz baja, porque no lo enten-

diese la doliente, habían dicho y declarado que era aquel mal incurable.

No pasó mucho tiempo sin levantarse otra tempestad mayor que puso en desvelo y miedo á D. Gonzalo, aunque había de sosegarlo con brevedad con el socorro de Rosa. Ibase esparciendo por la ciudad incierto y vago rumor, que debían sacar del oratorio del contador la imagen milagrosa de Cristo, poniéndola en lugar decente y público; porque lo milagroso de aquella efigie pedía, como de justicia, lugar más célebre donde pudiese todo el pueblo venerarla. Esta fama, aunque sin fundamento, affigia mucho al contador, á su mujer y á sus hijas; porque llevaban muy á mal perder el rico tesoro que habían hallado en su casa, donde tenían puestos los ojos, la devoción y el consuelo. Habían oído algunas veces de la boca de la virgen que esta imagen sagrada del Salvador era instrumento de gracias y de favores, era salud y remedio de aquella casa; que en ella obraba secretamente la divina misericordia grandes maravillas y que de ella manaba frecuentemente la bendición de soberanas dulzuras. Llegando á entender Rosa el miedo que atormentaba el pecho de D. Gonzalo, animosamente le dijo: «En nada dudes, padre mío, (llamaba siempre padres al contador y á su consorte para explicar la reverencia que les tenía) vuelvo á decir que no temas, porque el Salvador del mundo, benigno y favorable, no ha obrado estas maravillas para irse luego de casa. El se ha de servir de estarse muy despacio con nosotros; estad de aquesto muy cierto, y si este nuevo milagro había de ser causa para llevar de aquí la santa imagen, todo el oratorio y todas las imágenes que tiene era fuerza llevasen, pues muchas de ellas compiten en hacernos beneficios y obran secretos prodigios.»

Hacía en efecto algún tiempo que barruntaban en casa que todas las imágenes del oratorio eran milagrosas; sacándolo del afecto, devoción y reverencia que mostraba Rosa, ya á esta, ya á aquella imagen; como

si de cada una soprase con abundancia el viento saludable de los favores divinos. Estaba entre otras en el altar la pintura del Niño Jesús, hermosamente matizada y dibujada. Esta la llevaba amorosamente los ojos; mirándola, despedía del pecho repetidamente suspiros tiernos, moríase por ella; y con ser tanta su cautela y su modestia, no podía disimular los afectos íntimos que sentía. Llegó á conocerlo D.^a María de Usateguí, aunque no se daba por entendida, y usando de su prudencia, al fin por embajes y rodeos vino á sacar de la virgen el misterio que estaba escondido en aquella imagen. Confesó Rosa ingenuamente que siempre que la miraba se encendía y se abrasaba con nuevas llamas de amor y de gozo increíble; que el corazón saltaba con el gusto y se inflamaba el espíritu, porque le parecía que aquel divino Niño con blanda risa la saludaba y tal vez la arrojaba, como si fueran flechas encendidas, rayos de luz y de amor que traspasaban el alma; que otras veces parece que sacaba sus brazos pequeños fuera de la pintura, haciendo dulce ademán de salirse del altar para echárselos al cuello y abrazarla estrechamente. Diciendo esto ardía en fervores y sin poder contenerse levantaba la voz, exhortando á reverencia y amor á D.^a María, y decía: «Ea, madre mía, estimad en mucho á este Niño celestial, servid muy de veras á éste Señor, dadle veneración y culto, amad entrañablemente á este Rey de la gloria, que sin cesar desde esta pequeña imagen nos concede tantos dones y tan crecidas mercedes, dispuesto á darlas mayores, si queremos recibirlas.» Volvíase luego á mirar el sagrado rostro de Cristo, de que ya hemos hablado; afirmaba que era éste todo su deleite y gusto, que le daba nuevo sér y nuevas fuerzas; que experimentaba en sí efectos muy semejantes á los que comunica Cristo en el Santísimo Sacramento y que ella los percibía en el cuerpo y en el alma. Finalmente, con lágrimas se quejaba de que fuesen tan pocos los que amasen con verdad y con afecto á aquel Señor tan suave; que este do-

lor le parecía intolerable, y que deseaba otro sexo, otra elocuencia, otras fuerzas, no ser mujer, ser varón fuerte y robusto, para persuadir por todo el orbe solo el amor de Jesús. Estos mismos afectos había sentido en otro tiempo su Seráfica Madre y Maestra Santa Catalina de Sena; y siendo tan conocidos estos excesos de amor, reprendía Rosa su tibieza, porque no amaba bastante á su Dios.



CAPÍTULO XXI

La imagen de la Reina de los Angeles en la capilla del Santísimo Rosario, muy á menudo consuela, regala y enseña á Rosa.

Muy parecido es lo que vamos á referir á lo que hemos dicho arriba; pero antes de entrar en el hilo de la historia, para mayor claridad será forzoso decir algo de la imagen tan célebre en la ciudad de Lima, de la Virgen del Rosario, la que, desde que se difundió en el Perú la fe, se dió á conocer á todos con públicos beneficios; y muy en particular fué propicia á nuestra Rosa y fué muy amada de ella. Esta imagen, á la que tan gran devoción se tiene en todo el Perú representa á la Reina de los cielos con el Niño en los brazos. Se halla en actitud de dar el rosario á los hombres, como remedio poderosísimo contra todas las dolencias de alma y cuerpo. La llevaron al nuevo mundo desde España los primeros conquistadores por norte feliz, y para que les ayudara en el descubrimiento y conquista de las Indias de Occidente; y cuando fundaron la ciudad de Lima la edificaron el primer templo hubo en aquella ciudad, dándole el nombre de